



Murcia

Francisco Torres García, 65 años

Almudena Rascón Alcaina, 18 años

UN CHOQUE DECISIVO

La grandiosa Barcelona, mágica, especial, una ciudad cómoda y llena de oportunidades, tan frecuentemente alabada por escritores y artistas, que continuamente estaba en boca de políticos e intelectuales, no era más que un lugar en el espacio. Un espacio en el mundo.

Se podría decir que hoy, un frío día de invierno de 1980, Barcelona no cumple ninguna de estas características. Vuelvo a casa bajando por la Diagonal tras un arduo día de trabajo que ha terminado peor de lo esperado; reducción de plantilla. No puedo parar de pensar qué puedo hacer si pasado mañana me despiden. Mi mujer, mis hijos, mi futuro, todo pende de un fino hilo sujeto débilmente entre mi vida y el bien de la empresa.

Todavía recuerdo perfectamente el día que, con 18 años, le dije a mi familia que me marchaba de Almería, que mi principal objetivo era estudiar una carrera y que para ello lucharía contra todo lo que me lo impidiera. Decidí Barcelona, era mi mejor opción. Sin embargo, no fue un camino de rosas: Vivir en una pensión, trabajar diez horas al día y estudiar, cansaban hasta al más fuerte.

Hambre, accidentes, enfermedades... Todo parecía ir en mi contra. Aún así, lograba tiempo para viajar hasta el sur de Francia, probar todo lo que tenía prohibido en España y dormir en la playa atado a mi moto para que no me la robaran.

Conocer a mi mujer me dió fuerzas para seguir, para buscar un trabajo estable y crear una familia. Para tener dos niños preciosos. Para amarlos tanto que nada ni nadie podría nunca cambiar nuestra felicidad.

Hasta ahora nada me había hecho parar a pensar en mi situación. He comenzado a tener todo lo que siempre he soñado. Una familia, una mujer maravillosa, recursos suficientes para comenzar juntos una carrera. Y sin embargo, la decisión que se va a tomar en los siguientes dos días, podría echar por tierra todo lo que había creado. Pero, ¿y si me despiden? Todavía me acordaba del día en que salieron las listas de las becas cuando aún vivía en Almería. En Vera se otorgaba una única beca para estudiar una carrera, todas las noches rezaba para que esa beca me la dieran a mí; sin embargo, la decisión dependía del padre de mi compañero. Por lo consiguiente, mi compañero tuvo muchas más posibilidades, tantas que al final se la dieron a él.

Hoy la Diagonal se alarga más que de costumbre, no veo el final de mi camino, quizás no quiero verlo, quizás no quiero enfrentarme al cambio del presente, quiero evitarlo, volver corriendo a la oficina como si nada hubiera pasado, sentarme en mi despacho y no salir de él. De este modo, sería imposible enterarme de la noticia. Saldría del despacho cuando todo el mundo se hubiera ido, habría sorteado a mi jefe y no podría volver a pronunciar esas tres horribles palabras que me hacían estremecer: “reducción de plantilla”.

Vuelvo en mí. De repente, una mujer tropieza y cae al suelo. Con ella, caen esparcidos todos los papeles que llevaba en una carpeta. Rápidamente me acerqué a ella, la ayudé a ponerse en pie y comencé a recoger los folios mojados y arrugados por la lluvia. Por lo que observé, se trataba de un manuscrito de una novela. La tinta había decidido huir de los caminos trazados delicadamente por la escritora con una pluma. Parece que hoy, hasta las palabras lloran. La mujer mira ahora con una sonrisa los folios desordenados que había conseguido recoger. Levanta la mirada.

- Siento mucho que se le haya desordenado todo, ahora lo tendrá que reescribir entero, le dije yo, lamentando verdaderamente aquel estropicio.

- Tranquilo, a veces reescribir una historia es la mejor parte de una vida, me replica ella, y con la misma sonrisa se da la vuelta y sigue su camino.

Por unos instantes, mi mente no reacciona, sin embargo, ahora no puedo seguir torturándome. Ésa mu-



jer me ha abierto los ojos. ¿Y si reescribo mi vida? Quizás lo mejor sea marcharme de Barcelona, buscar un trabajo en otro lugar. Quizás me pueda volver a Almería, o probar en Alicante, o quizás Murcia, siempre me ha gustado Murcia.

Empezaría de nuevo en alguna empresa, o crearía la mía propia. Mientras, mi mujer podría terminar su carrera en Barcelona y buscar trabajo de maestra en algún colegio de Murcia cuando la finalizara. Los niños irían a un colegio cerca de casa, viviríamos en un pueblo tranquilo, cerca de la ciudad, pero sin ruido, con gente abierta, generosa y amable con nosotros. No más lluvia, ni frío, sólo sol. Quizás, cuando me jubile pueda ayudar en algún centro de mayores, llevando las cuentas o dando clases.

Pensando y pensando en mi posible futuro, de repente oí el sonido de la llave entrando en la cerradura. He llegado a casa. Es tarde, los niños duermen. Me tumbo en la cama junto a mi mujer y cerrando los ojos caigo rendido, ya no me preocupa mi futuro pues quizás la mejor decisión de mi vida sea la más inesperada.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Soy Francisco Torres García, jubilado y miembro de la directiva del Centro de Mayores de Cabezo de Torres (Murcia), donde soy tesorero. Cuando el presidente del Centro me preguntó si quería relatar mi historia, le respondí que sí, ya que creo que es importante que se nos tenga en cuenta a los mayores y que podamos participar en todos los aspectos de la sociedad, tanto a nivel económico, social, político, formativo y religioso. La sociedad actual no existe por generación espontánea, sino que con nuestro esfuerzo hemos ido forjándola, somos una parte importante de ella y que merecemos ser tenidos en cuenta.

Aunque no abarca toda mi vida, revivir el relato de parte de la misma ha supuesto una gran satisfacción para mí y sentirme orgulloso de ella, además de estar agradecido por haber podido formar parte de este concurso.